

## Memorialistas & Viajeros

### Las rocas sagradas de Meteora

*Bartolomé Leal, desde Santiago*

En medio de la planicie de la Grecia central, más precisamente en el valle de Tesalia, se halla una de las más extrañas configuraciones geológicas del planeta. Allí donde al parecer existió un mar hace millones de años, cuyo congelamiento y retroceso erosionó el suelo de manera caprichosa (con ayuda de los terremotos), se yerguen unas masas rocosas semejantes a gigantescos hongos, que alcanzan a más de quinientos metros de altura. Se supone que allí habitaron hombres primitivos hace cincuenta mil años, en las cuevas y hendiduras naturales que se formaron durante siglos, una vez que el territorio se asentó para conformar un paisaje que ningún surrealismo o “efecto especial” ha sido capaz de emular.

El lugar se llama Meteora, palabra griega que significa “rocas suspendidas en el cielo”. Pues fue allí donde hacia el siglo X se empezaron a instalar los anacoretas, aquellos monjes solitarios que eligieron vivir en grutas para así meditar y alcanzar las alturas de ese paraíso que sentían más cerca. Las cuevas más antiguas se hallan en una zona llamada, no por casualidad, Teopetra, “las piedras divinas”. Pues los monjes subían por escalas de cuerda o aprovechando las fisuras de las rocas, y sólo abandonaban su soledad para descender los días domingo a las misas de rigor en lugares como una pequeña capilla que todavía existe, llamada Dupiani, a los pies de la más monumental de las cimas, el Gran Meteoro.

Fue entre los siglos XI y XII que se empezaron a construir monasterios en las cumbres de las rocas, que constituyeron una comunidad ascética para la cual se creó una organización en el seno de la Iglesia Ortodoxa. En el siglo XIV fue fundado el Monasterio de la Metamorfosis, coronando la más alta de las formaciones rocosas, que hasta hoy es el rector de los demás monasterios. La leyenda piadosa dice que su fundador, San Atanasio, no escaló la roca sino que fue transportado por un águila. Llegó a haber más de veinte monasterios plenamente activos en Meteora. La única manera de acceder a ellos era por medio de escalas de cuerda o dentro de cestas. Esto ocurrió sobre todo durante la ocupación turca, cuando las comunidades cristianas solían ser materia de acoso.



Los monasterios fueron abandonados por siglos y algunos de ellos saqueados. Sólo seis existen actualmente en actividad, donde viven unos pocos monjes (uno de ellos es sólo de mujeres, San Esteban). Se hallan en todo caso abiertos al turismo, ya que han sido restaurados y se han construido escalinatas y puentes en las rocas que permiten llegar hasta las construcciones. Durante la II Guerra Mundial, los nazis agregaron a sus hazañas el haber bombardeado San Esteban, para expulsar a supuestos guerrilleros.

Uno de los más hermosos es el Monasterio de Varlaam, al cual llegué una mañana fría aunque soleada, iniciando mi periplo por los laberintos de Meteora. Restos de nieve brillaban sobre las grandes rocas. La vista de ese paisaje era simplemente estremecedora. En soledad, premunido de un cayado que compré a una viejita campesina (el cayado estaba adornado de cintas con los colores griegos y una imagen de San Atanasio), trepé por senderos y escalas hasta la cima, acezando. Allí me esperaba un sonriente cura ortodoxo, de luenga barba negra, que me recibió con un abrazo, alabando la capacidad de mi corazón y preguntándome cuántos hijos tenía. Una vez que pagué el modesto estipendio de ingreso, me mostró los tesoros del monasterio (que data del siglo XVI), los iconos y las pinturas murales. Destacaba un cuadro de los santos Teofanis y Nectarios, sus fundadores (santos de la Iglesia Ortodoxa). Admirable me pareció un rústico tonel de madera capaz de contener más de diez mil litros de agua. La vista desde arriba provoca una emoción intensa, ya que se ven sobre los pilares rocosos los demás monasterios a la distancia. El pope me vendió un libro y unos cuantos grabados y postales. La bendición merece una propina, me dijo entre risotadas, mientras hacía el signo de la cruz con la mano derecha y estiraba la izquierda.

Entre los monasterios de Varlaam y Santa Trinidad se halla el de Rusanos, fundado en 1380 por un monje de ese nombre, en la cúspide de un cilindro rocoso inaccesible. En la actualidad un puente y una escalera permiten llegar a él. Su visión desde la distancia es incomparable. Rusanos fue construido en estilo bizantino y está decorado con murales de historias de los santos, maravillosamente conservados. El monasterio de la Santa Trinidad, que se halla sobre una columna de roca al borde del valle, se recorta sobre el lecho del río Pineos y la boscosa sierra de Pindos, que encierran el valle casi quinientos metros más abajo. También guarda varios bellos murales y sus autores han sido identificados: los monjes Damaskinos, Ionás y Arsenios. El monasterio de San Esteban se halla sobre una roca de fácil acceso y hay testimonios de haber sido habitada ya en el siglo XII. Una particularidad de este monasterio es que hacia 1333 vivió ahí el emperador de Bizancio Andrónicos Paleólogo III, por lo cual se le considera un monasterio Real y Patriarcal.

El monasterio de la Metamorfosis fue una parte importante de mi visita. Es el es más grande de todos y posee un templo principal, el Catolicón, destinado en su tiempo a ceremonias solemnes. Se dice que el ermitaño Atanasio puso el nombre de Meteoro a la roca por su enorme altura y por la sensación de vértigo que provoca. Su iconostasio (pared con tres puertas que acoge a los iconos más sagrados) es de madera esculpida y data del siglo XVII. Sus murales son del siglo XV. El cráneo del santo es guardado en un cofre de plata. El interior del Catolicón muestra la fascinación de esta iglesia cristiana por la pompa y la exhibición de riquezas. La mayor parte de los iconos son de extremo patetismo, casi terroríficos. No hay alegría en este arte, sino una suerte de llamado al sufrimiento, la frugalidad y la penitencia. Un mural del siglo XVI con la Metamorfosis (Transfiguración) del Salvador explica el apelativo del monasterio.

Existe un bello pueblo de casas blancas con techumbre de tejas, que parece desafiar a las temibles piedras, en una de las entradas a los roquedales gigantes de Meteora. Se llama Kastraki, y allí alojé en una modesta pensión de franceses. En unos acogedores bistrós comí quesos de cabra y chuletas de cordero, acompañado de los ásperos vinos de la zona. Medité acerca de cuán grato sería estar retirado en un monasterio arriba de rocas inaccesibles, caminando por unos pocos metros cuadrados de suelo y accediendo al valle en un canasto que descendería rotando, acompañado del sonido de una oxidada polea. Para los anacoretas Dios estaba cerca, no sabían de miedo. Para mí, Dios estaría lejos. Me refiero al Dios de las religiones actuales, un artefacto manipulable, una justificación de la codicia, la crueldad y la intolerancia. Me subiría a vivir en las cuevas para estar lejos del Dios neoliberal que nos domina, ese Dios que no tiene más poder que el de ofrecer ilusiones que en nada sacan a esta pobre humanidad de sus pesares y miserias. Un Dios tan ajeno a lo sagrado...

